

021 NSC (282)

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 282

25 Cts.



BELLA DONNA

FOR
Pola Negri,
Conway Tearle,
Conrad Nagel,
Lois Wilson

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 282

BELLA DONNA

Dramático asunto, sentimental y emocionante,
interpretado bajo el siguiente reparto:

Bella Donna POLA NEGRI
Wifredo Chepstow Adolphe Menjou
Doctor Meyer Isaacson. Claude King
Nigel Armine. Conrad Nagel
Patricia Ames. Lois Wilson
Mahmoud Baroudi Conway Tearle
Ibrahim. Macfy Harlam
etc.

Es una Pelicula **PARAMOUNT**

Exclusiva de

Paramount Films, S. A.

(Antes SELECCINE, S. A.)

Con esta novela se regala la postal-fotografía, de
FRANCIS X. BUSHMAN



BELLA DONNA

Argumento de la película

Hace algunos años, antes que la gran guerra hubiese alterado la vida social de las principales capitales de Europa, la crema de la aristocracia se reunía en Venecia durante la primavera.

En aquella atmósfera de belleza y romanticismo triunfaba la famosa Ruby Chepstow conocida por el nombre de Bella Donna. Allí, después de un efímero noviazgo, pasaba su luna de miel apasionadamente enamorada de su marido, al parecer.

Wifredo Chepstow, el esposo de Ruby, era un hombre terriblemente celoso.

La elegancia y hermosura de Ruby atraían a su alrededor a esos eternos conquistadores de mujeres que nunca faltan en las ciudades del lujo. Era uno de ellos el duque de Riordano, un alegre Lotario cuya afición a las conquistas amorosas le hacía despreciar a los maridos.

Wifredo había descubierto esa persecución del noble y se sentía acometido de celos.

Una tarde, hallándose los esposos Chepstow en la tribuna de su hotel, pasó en góndola el duque de

Riordano y miró a Ruby con ojos ardientes que parecían expresar su pasión. La saludó, galante y audaz. Ella, apenas respondió a ese homenaje.

Wifredo se enfureció.

—Me es antipático ese hombre... Su jactancia me molesta, y el aire de conquistador con que te mira, me desespera...

—¡Qué tonterías dices! ¿Sabes que me gusta que seas celoso?

Y le cubrió de besos con el ardor entusiasta de la luna de miel.

Una camarera les avisó que habían traído el traje de disfraz de la señora para el baile nocturno.

Entraron en la habitación. Ruby mostró a su marido la bella prenda.

—Cuando me vean con este traje, todos los hombres te tendrán envidia — le dijo, riendo.

—Ya sé que soy un necio, Ruby; pero cuando descubrió que los demás hombres te miran sería capaz de...

—Calla, Otelo mío, calla...

Y se besaron de nuevo, olvidando él en su embriaguez amorosa los dardos que envenenaban su corazón.

Aquella noche, en el baile, Bella Donna fué el objeto de la admiración general. El amor de los hombres y la envidia de las damas formaban su cortejo. Pero ella, altiva y señoril, pasaba como una princesa a quien debieran este tributo.

El duque de Riordano acercándose a Ruby la propuso:

—Señora, ¿quiere usted bailar conmigo?

Wifredo le miró con indignación. ¡Siempre aquel hombre acechando! Pero Bella Donna supo evitarle la contrariedad.

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera! El primer baile es siempre para mi marido.

Y colgándose del brazo del esposo, se perdió entre la vorágine de la danza.

Pero durante un nuevo descanso se vió perseguida

por el duque que le murmuraba al oído palabras de madrigal. Ruby no le escuchaba, sentía por ese adorador la mayor indiferencia... Y Wifredo siguiendo sus pasos realizaba violentos esfuerzos para no abofetear al pegajoso.

Ruby y Riordano detuviéronse ante un fakir indio que en un rincón de la sala estaba sentado en el suelo ante un cazo lleno de arenas del río Ganges. Predecía el futuro de cuantos se acercaban a él.

Bella Donna quiso conocer su suerte. El fakir trazó en la arena misteriosos círculos. Luego respondió con ojos fríos de esfinge:

—La maldad te hará su esclava. Está escrito que tu fin será desastroso.

Ella se estremeció. Tenía miedo. Pero el duque murmuró a su oído:

—Bella Donna, yo no creo en esas monsergas. ¿Quiere usted bailar?

—Por una vez... sea — respondió con coquetería.

Wifredo fué a decir algo, una protesta, un reproche fuera de tono. Y ella comprendió:

—No te apures, querido mío — musitó—. Voy a darle una lección.

Bailó con el duque. Pero los celos, surgiendo poderosos en el corazón del marido, obligaron a éste a vigilarles. Le daba miedo su esposa. A veces en su mirada había visto rayos de interés, de coquetería, de indiferencia...

Ruby y el duque, interrumpiendo el baile, fueron a un alto mirador que daba al gran canal.

—Le he seguido a usted únicamente para hacerle saber que no amo a nadie más que a mi marido — decía ella.

—No lo creo. Yo significo algo para usted... No lo niegue.

—Le ruego que no siga importunándome. Le advierto que mi esposo comienza a sentir celos.

—No me preocupan... Por usted soy capaz de todo. de una locura... de todo.

Y atormentado por el amor, la estrechó en sus bra-

zos, besando su cuello, sus rojos labios de flor. Ella pugnaba por deshacerse de la caricia. Y Wifredo que vigilaba penetró furioso en la tribuna separando al duque de su mujer.

—¡Malvado! ¡Vill!

Abofeteó su rostro altivo. Pero el duque que aturdido un momento por los besos, había recobrado su serenidad, respondió a la agresión con un puñetazo maestro. El marido cayó al suelo. Mas alzándose otra vez, una lucha feroz, de hombres que no caben al mismo tiempo sobre la tierra, se entabló entre ellos.

Estremecida en un rincón, Ruby lloraba... Los dos rivales llegaron al borde de la barandilla y Wifredo levantando al duque, lo tiró al vacío contra las aguas del canal. Oyóse un golpe seco, duro, como de piedra.

Atraídos por la lucha entraron varios invitados mientras otros acudían abajo a socorrer a Riordano.

—Su cabeza chocó contra la balastrada — dijo un médico, examinando al duque—. Nada hay que hacer. Murió en el acto...

El anuncio de una muerte causó en todos un movimiento de horror. Llegó una pareja de "carabinieri" a detener al agresor.

Wifredo, serenamente, se dejó conducir, sin una protesta. Había cumplido con su deber. Bella Donna quiso seguirle dando gritos trágicos, de heroína, en plena desesperación.

Una góndola llevóse el cadáver del duque. Otra embarcación condujo a Wifredo a la cárcel... Ruby, sola en el hotel lloró con infinito dolor su drama. Y entre sombras creyó ver al fakir.



Esta tragedia señaló el fin de la felicidad de Ruby Chepstow. La mancha de escándalo ensombreció para siempre el nombre de Bella Donna. Se encontró aislada, todos le negaron la amistad y el afecto. Culpable o no, dos hombres se habían perdido por ella.

Y después de varios años de lucha constante por

olvidar la tragedia, Bella Donna apareció en Londres, pobre y despreciada, rodeándole una aureola de hostilidad.

Wifredo, al recobrar su libertad, marchó a América, olvidando para siempre a su mujer. Y encontró allí la muerte víctima de una de las fiebres malsanas de la tierra tropical.

Bella Donna había comenzado a ser la mujer fatal que destruye cuanto toca. Fué vendiendo sus joyas, últimos vestigios de su esplendor. Pero ahora, había llegado a una situación dolorosa. A pesar de todo, quería conservar su lujo y debía ya una crecida suma en el hotel. ¿Cómo pagar?

—Señora, el administrador del hotel quiere cobrar — le dijo uno de los mepleados.

—¡Cobrar...!

Pero registró su billetero... nada... Papeletas de empeño, en número aterrador, pregonando sus antiguas glorias.

—He ahí lo único que me queda.

Entregó una sortija que llevaba incrustada una perla negra de gran valor.

El empleado salió.

¡Y al día siguiente continuaría la vida! ¿Qué hacer? ¡Ay, si encontrase alguien que enamorado de su belleza quisiera poner a sus pies una fortuna! ¡Su belleza! Fué al espejo y le pareció ver en su rostro una máscara de dolor, porque en él, en tenues líneas, el tiempo, su más implacable acreedor, había dejado huellas de su paso.

—Dígame, ¿se ven arrugas en mi cara? — preguntó a la doncella.

—¡Oh, no, señora! Usted sigue siendo Bella Donna.

Pero encontrándose enferma, pesimista, fué a visitar al día siguiente al doctor Meyer Isaacson, un especialista en enfermedades nerviosas que era el médico de moda de la sociedad elegante londinense.

Mientras ella aguardaba ser recibida, se distraía hojeando una revista en la que leyó con indiferencia esta noticia:

“El joven y notable ingeniero Nigel Armine, sobrino de lord Harwich, acaba de regresar a Londres después de una permanencia de dos años en Egipto.”

El doctor Isaacson despidió a su cliente, un caballero también enfermo de los nervios e hizo pasar a Bella Donna. Conocía a esta mujer al igual que toda la gente de Londres. Creía en la atmósfera de fatalidad y de vicio que seguía a la desgraciada criatura.

Iba a invitarla a tomar asiento, cuando entró en el despacho Patricia Ames, pupila del doctor Isaacson, una muchacha rubia y buena, acompañada de su novio, de Nigel Armine, un joven ingeniero de gran porvenir que había llegado a Londres gozando de unas breves vacaciones.

El médico saludó cordialmente a Nigel y le dijo:

—Ya hablaremos más tarde... Permítame que atienda a esta señora...

El ingeniero contempló con ojos curiosos, suaves, casi enamorados, a Bella Donna. Y ésta correspondió con una de aquellas miradas de amor que señalan con fuego el corazón. Para Patricia no pasó desapercibido aquel diálogo mudo.

Y cuando salieron los dos novios, ella con una puntita de celos, interrogó celosa:

—¡Te has quedado mirándola con unos ojos! ¿No sabes que es la célebre Bella Donna?

—La he visto varias veces en el hotel donde me hospedo. Me da mucha pena esa mujer. ¡Está siempre tan triste!

En el despacho del doctor, ante Isaacson, Bella Donna exponía el objeto de su visita.

—Quiero que me ayude, doctor. Mis nervios están en un estado terrible. Mi vida es insoportable.

Fumó un cigarrillo y se contempló un instante en el espejo del bolso.

—¡Ay, doctor; si he de vivir sin belleza y sin dinero, prefiero morirme!

Explicó sus dificultades, sus anhelos, el miedo que tenía a perder la belleza y el poder. ¡Significaban

tanto para ella! ¡Eran la única esperanza de su lujo! Y los nervios, estiletos de fuego, parecían llevarla a la vejez.

El médico habló con una severidad melancólica:

—Señora... Yo sólo la conozco a usted por su reputación, como uno de esos seres infortunados que se ven perseguidos por dos naturalezas distintas, buena y mala. Temo que usted se ha dejado dominar por la mala.

—Habla usted como si mi caso fuese... incurable — respondió, sorprendida.

—Su curación está en usted misma. Procure desterrar de sí el egoísmo; pensar bien y vivir honradamente.

—Comprendo que me he equivocado viniendo a verle a usted. Yo necesito un médico, no un confesor.

Pagó y salió desdeñosa, altiva, pero muerta por dentro. Al pasar por el corredor vió en la salita de música a Patricia y a Nigel. Ella estaba en el piano y desgranaba una melodía de suave evocación.

Bella Donna, sintiendo deseos de llorar, abandonó la casa.

Patricia seguía tocando el piano pero se interrumpió al ver a su novio distraído:

—Comprendo que sigues pensando en los ojos de Bella Donna — dijo, celosa.

—No seas celosa, Patricia, pero el rostro trágico de esa mujer me persigue.

—Nigel, pareces un viejo idealista. Cualquiera mujer sería capaz de hacerte bailar como un monigote.

—¡Qué equivocada estás creyéndome un idealista! — dijo él, riendo—. Cuando nos hayamos casado, pronto te convencerás de que soy todo lo contrario. Tontina, celosilla mía.

Bella Donna atravesaba ahora el puente del Támesis para volver a su hotel. Su profunda excitación nerviosa la mataría. ¡Rodaba cuesta abajo, hacia la fealdad y la vejez!

Una mujer horrible, de rostro manchado por los años y la miseria se acercó a pedirle limosna.

—Señora, tenga usted compasión de mí... Yo también fui un día joven y bella como usted.

Bella Donna la contempló con horror, sintiendo como si una mano terrible desgarrara su cuerpo. Y huyó, deseando morir, pensando en la soledad irremediable de las pobres mujeres solas que lo fiaron



—Habla usted como si mi caso fuese... incurable.

todo en la belleza como si la hermosura fuera hija de la eternidad y no cosa pasajera, deleznable.

Llegó al hotel. Miróse al espejo y se encontró pálida y vieja... Tenía más de treinta años, pero su corazón era más viejo aún. Sola, en plena miseria, con un pasado que horrorizaba a las gentes, era preferible morir. Y empuñando un revólver se dejó caer en la cama, cerró los ojos y apuntó a su sien...

Su destino era vivir. Una camarera entró en el

preciso instante. Le apartó el brazo homicida y en la lucha que sostuvo para arrancarle el arma, ésta se disparó y una detonación seca resonó en el corredor.

Nigel Armine, el ingeniero que había regresado de su visita a Patricia y que iba a su cuarto, escuchó el estampido y penetró en la habitación.

Reconoció dolorido a Bella Donna... vió el revólver... adivinó... Y ella, muñeca pálida, abrió los ojos contemplando a ese hombre que la hablaba dulcemente, a quien había visto poco antes. Y rompió a llorar con un llanto nervioso, convulsivo...

Poco a poco, la mujer recobró su dominio y su personalidad. Nigel se creyó en el deber de socorrerla, de atenderla, y atraído por sus encantos, las horas se les deslizaron rápidas, y habló de sí mismo y de su obra como si la hubiese tratado toda la vida.

La desgraciada escuchaba con interés el relato de su nuevo amigo. Su nombre no le fué desconocido; era el del bravo ingeniero de quien toda la prensa se ocupaba con elogio. Y Nigel, seducido por el dulce interés de Bella Donna, hablaba más y más.

—Mi ocupación es hacer nacer la vida en la regiones del desierto donde antes existía la muerte. Mi trabajo de creador me cautiva.

—Así es precisamente como me lo imaginé a usted. Un campeón que goza defendiendo... causas perdidas.

—No, no... Hacer brotar la vida, siempre, siempre. Y usted es vida, Bella Donna. Usted no tenía derecho a morir.

—Es usted muy amable. Me sentía tan sola, tan desamparada...

—¿Quiere usted ser mi amiga? ¿Por qué no cena conmigo esta noche y deja que continúe hablándole de mi obra en el desierto egipcio?

Ella palideció de placer.

—Pero, ¿no le importa a usted que le vean cenando en público... con Bella Donna?

—Ahora, sólo me interesa usted.

Y aquella noche fueron a un restorán de moda. Nigel se sentía atraído por los encantos de aquella aventurera y su inexperta juventud, de hombre limpio de pasiones, despertaba ante la insinuación delicada de aquella reina de amor.

Desde otras mesas comentaron lo inaudito. ¡El joven Nigel Armine, víctima de aquella mujer! ¡Pobrecito!



Nigel se creyó en el deber de socorrerla...

Pero Nigel, abstraído, no reparaba en ello. Su alma frágil se plegaba a las sonrisas de Bella Donna que volvía a recobrar el gusto por la vida, por el placer y el lujo.

Para complicar más las cosas, el doctor Isaacson y Patricia fueron a cenar al mismo restorán. Pali decieron al contemplar al joven.

—Yo no puedo soportar tanta humillación — dijo ella.

Y marcharon. Nigel hizo una mueca de contrariedad al verse sorprendido. Pero la fuerza de su nueva pasión era tal, que le retenía allí, pese a todo.

—Ahora comienza usted a pagar la pena por haberme socorrido... — dijo ella, maliciosa—. Espero que no se arrepentirá usted de su cariñoso impulso.

Arrastrado por el hechizo de aquella extraña mujer, Nigel se sentía alejado de Patricia. Y al día siguiente escuchó con indiferencia los reproches de su novia.

—No puedo dejar a la señora Chepstow — explicó—; mi amistad es tan beneficiosa para ella, que sería una crueldad retirársela en este momento.

—Tú estás loco por Bella Donna.

—¿Yo? Vamos, mujer, ¿será posible que no comprendas? Le salvé la vida, le infundí valor. Y ahora la considero a ella como una responsabilidad que he contraído.

—Pues, Nigel — respondió ella con dignidad—, me parece que lo mejor será que suspendamos nuestro compromiso mientras sostienes relaciones de amistad con esa mujer.

Y le devolvió su anillo de prometida. Nigel, indiferente, salió. Respiraba el hálito, el ambiente de pecado de Bella Donna. Lo demás no le importaba. Bella Donna consideraba firmemente a Nigel como su última esperanza; una oportunidad dorada para obtener riqueza y poderío. Había leído con alegría un informe que ella había pedido:

“Muy señora mía: Cumpliendo con su solicitud, tengo el gusto de manifestarle lo siguiente acerca de lord Harwich:

Como que lord Harwich no tiene primogénito, Nigel Armine es el presunto heredero de todos sus bienes.

Lord Harwich es inmensamente rico, pues disfruta de una renta de 50.000 libras esterlinas al año.

Suyo a sus órdenes,

E. W. Robinson”.

Y Nigel, aquel rico joven, estaba cada vez más enamorado de ella. Bella Donna comprendió que su vida dependía de él. Aquel dinero le proporcionaría el día de mañana, todas las suntuosidades imaginables... Nigel debía ser el instrumento de la ambición... No; enamorada de Nigel no lo estaba, pero le sonreía porque él era el dinero, la promesa de la existencia de lujo.

Una tarde el doctor Isaacson visitó a Bella Donna. Ella vestía de blanco y tenía un aire encantador de felicidad.

—Por Dios, doctor, ¿qué le trae por aquí? Yo creí que había dado usted mi caso por perdido.

El médico, dolorido por las lágrimas de Patricia, cruelmente abandonada por su novio, le dijo:

—He venido a rogarla que rompa usted su... amistad... con Nigel.

—Por doctor de mis pecados... ¿cómo voy a romper con Nigel si él es mi maestro en todo lo que usted me recomendó para curarme?

—Déjese de tonterías y hablemos en serio. Usted no puede negar que lo que codicia es su dinero, su título nobiliario... Si usted insiste, me veré obligado a descubrirle lo que ha sido usted... lo que es.

—¿Y si le digo a usted que amo a Nigel? — respondió ella, sin alterarse.

En aquel instante entró el ingeniero, radiante y feliz. Saludó al doctor. ¿Qué ocurría?

—Nigel, voy a dejaros solos para que podáis hablar... Y usted, doctor, no olvide su receta... un poco de desinterés...

Y ella salió, después de envolver a su amado en su mirada de abismo, honda, escalofriante...

—Pues, ¿qué ocurre, mi querido médico? — preguntó Nigel.

—Amigo mío, he venido para decirle que me da pena verle a usted haciendo el ridículo con esta mujer tristemente célebre...

El le interrumpió, sonriente:

—Por favor, no hable mal de ella. Nos hemos casado esta mañana.

El doctor abrió enormemente los ojos, agrandados por el estupor. Luego requirió el sombrero con un gesto de desaliento.

—¡Que Dios te protega, Nigel! — exclamó.

Y salió, conmovido, con dolor de corazón. Nigel quedó un instante perplejo, como dudando. ¿Haría cometido alguna locura? Bella Donna llegó a él, blanca e insinuante.

—Dime que me quieres. Dime que seremos felices... — exclamó el ingeniero.

—Te lo juro... Nigel...

Y le absorbieron sus labios, tirando de él como si fueran a quitarle la vida. Nigel se sintió morir, aniquilado bajo aquel beso mortal. Y todo lo olvidó.



Después de la boda, el joven matrimonio emprendió un largo viaje a Egipto. Allí, Nigel proseguiría sus estudios e investigaciones.

El matrimonio era feliz. Bella Donna, sin preocupaciones de ningún género, pensaba en la fortuna y en el título que su esposo heredaría a la muerte de lord Harwich. Y la ciudad de El Cairo, con sus tortuosas calles y con los acordes de su voluptuosa música, despertaba en ella todos los instintos de su indómita naturaleza.

Una noche, habiendo salido a pasear por las calles en sombra, Bella Donna se sintió conmovida por una música que surgía de un interior.

—Esta música embriaga como un narcótico — exclamó.

—No te interesaría. Es un fumadero de opio egipcio — le respondió Nigel.

Pero a pesar de ello, Bella Donna desde la puerta contempló a una bailarina que trezaba una danza de erótico ritmo y luego se dejaba caer en brazos de un hombre. Unos ojos negros, como de brasa, la

acariciaron de lejos. Bella Donna se sintió turbada por esa mirada penetrante, fija, que parecía llegar a su corazón.

Se trataba del príncipe Baroudi, un egipcio cuyo poder y riquezas le habían convertido en uno de los más famosos hombres de El Cairo. Baroudi puso en la frente de la bailadora una moneda. La muchacha le besó...



—Dime que me quieres... Dime que seremos felices...

Bella Donna, deliciosamente halagada por aquel rostro sensual, continuó su camino.

Baroudi, estremecido por la visión de la europea, llamó a su criado y le dijo:

—Averigua quiénes son, Ibrahim. La mujer me interesa...

Ibrahim cumplió lo ordenado. Y a la siguiente noche, Baroudi tomó la iniciativa en el juego del amor, en el hotel Shepherd.

Bella Donna y Nigel ocuparon una de las mesas en compañía de un amigo del ingeniero.

Ibrahim, el criado árabe, acercóse al matrimonio, y después de efectuar una gran reverencia, dijo:

—Baroudi, mi amo, me mandó a ofrecerles sus servicios. Yo puedo atenderles en todo lo que necesiten.

Nigel agradeció cordialmente esta oferta del príncipe y se propuso aceptarla. Bella Donna se levantó deseosa de buscar un poco de aire en la oscuridad de la noche.

Sintió una profunda, inenarrable impresión al ver aparecer al príncipe Baroudi que ocupó una de las mesas. De lejos él debió reconocerla y sus ojos quedaron clavados e inmóviles en su persona.

—Ese es Baroudi, el hombre más rico del país. ¿Qué mujer blanca le habrá traído aquí esta noche? — murmuró un comensal.

Ella se estremeció. Y volvió junto a su marido. No podía apartar de su vista los ojos negros, fosforescentes del egipcio. Quiso ahora aparecer más amable con Nigel, como si quisiera ahuyentar un peligro. El ingeniero estaba contento. Aquel enviado de Baroudi le había prometido buscarle una casa donde poder instalarse cómodamente. Y Bella Donna callaba, pensando en el hombre que había comenzado a girar alrededor de su vida.

Al siguiente día, Nigel comunicó a su esposa:

—Acabo de alquilar una villa encantadora. Su dueño es Baroudi, un potentado egipcio. Además, me quedo como ayuda de cámara a Ibrahim, ese árabe, enviado del príncipe. Nos conviene tener gente de aquí.

Ella calló, procurando ocultar sus temores. Y fueron a ver la villa, encantadora casa sobre el Nilo, desde cuyos altos miradores se veían las pirámides y la Esfinge con su sonrisa eterna.

El árabe les mostró un barco que moviase suavemente sobre la corriente azul.

—Ese barco, que es un verdadero palacio flotante,

pertenece a Baroudi. El es muy rico, muy poderoso, tanto como un rey.

Se alejó el mayordomo. Y Nigel dijo, entusiasmado:

—Tenemos que cultivar la amistad de Baroudi. Es un hombre de gran influencia y puede serme de mucha utilidad en mis proyectos.

Había hablado con él al tratar de alquilar la villa y le agradó su afectuosa sonrisa, su fascinadora palabra. Pero ella, en cambio, sin haber cruzado una frase con el príncipe, le tenía miedo.

Aquella noche, Nigel comunicó a su esposa que iba a salir en breve para el desierto. Ella sintió un vago temor al pensar en la soledad de sus días en El Cairo.

Una música llegó a sus oídos. Pasó una barca conduciendo un grupo de negros.

—Son los marineros nubios de Baroudi. Los mandó para que le cantasen a usted — aclaró el mayordomo—. Y el príncipe viene esta noche a visitarles...

Poco después, una embarcación atracó ante la villa. Baroudi apareció radiante, deseoso de poder hablar con la mujer codiciada.

Nigel se sentía aturdido por el honor que significaba esta visita.

—No quiero verle. Ese hombre me da miedo — dijo Bella Donna.

—Pero, mujer... No seas tonta. Tenemos que ser corteses.

Se acercó el príncipe y sus ojos de eterna llama sensual acariciaron a la europea.

—Señora — exclamó—; es para mí un honor muy grande que haya alquilado una de mis villas para pasar en ellas su luna de miel.

Luego saludó a Nigel deseándole mucho éxito en sus proyectos.

Un criado anunció a Nigel una visita.

—Mi administrador acaba de regresar de Fayum — dijo levantándose—. Perdonen ustedes, tengo que hacer los preparativos para emprender el viaje mañana,

Cuando quedaron solos, el príncipe dijo a la mujer:

—Señora, ¿le gusta a usted mi país?

—Mucho. Particularmente los fumaderos de opio, en donde los hombres de tez morena pueden comprar a las danzarinas.

—Y en donde las mujeres blancas dirigen sus miradas provocativas a los hombres de rostro atezado... cuando sus maridos están de espaldas — respondió él, intentando acariciar el brazo de la hermosa.

—Oh, no diga usted eso...

—¿Por qué? Señora, es usted la mujer más bella que nunca viera el Nilo...

Y Baroudi, con la soberana fantasía oriental, iba, poco a poco, minando el corazón de Bella Donna. Y luego, al despedirse, al poner pie en el buque, le dijo:

—Merece usted ser princesa... ser diosa... señora.

Ella calló. Vió alejarse lentamente la embarcación. Sintióse desasosegada, enferma. El Nilo parecía derramar sobre ella gotitas perfumadas, llenas de un aroma único. Se encontraba mal. ¿Qué era aquello? ¡Si fuera otro amor!

Al siguiente día, atraída por un inexplicable impulso, Bella Donna se aventuró a visitar sola las ruinas del Templo de los Muertos.

Alguien la siguió en esa peregrinación. El príncipe Baroudi.

—La vi a usted y la seguí — le dijo—. ¿Le importa a usted mi compañía, señora?

—No siento enojo por su acción.

—Pues quiero que me acompañe hasta mi barco el "Loulia", desde el que podrá contemplar la bella puesta de sol.

Después de ver las ruinas llegaron al "Loulia". Dominada por el poder de aquel hombre, Bella Donna accedía a visitar su casa, instigada por el misterio que ejercen los hogares orientales.

Ante la puerta que conducía a uno de los salones del buque, el príncipe mostró a la mujer, la inscrip-

ción que a modo de friso estaba escrita en letras de oro.

—Ahí dice: Todo mortal lleva atado su destino al cuello... Y su destino soy yo...

—Oh, no diga eso...

Bella Donna se sintió deslumbrada al ver la rica suntuosidad de la habitación. El egipcio junto a ella, no suplicaba, parecía imponer la seguridad de su triunfo. Y la frialdad con que Baroudi consideraba como una cosa indudable la conquista de aquella mujer, instigaba a Bella Donna a recoger el guante que le arrojaba aquel Don Juan del desierto.

El príncipe le puso un collar de negras perlas y estrechándosele contra su tibia garganta, exclamó:

—¡Quién sabe si este collar llegará a ser una cadena que la ate a mí eternamente!

—¿Olvida usted que soy casada... y feliz?

—Tú no puedes resignarte a vivir como vives, siendo una esclava de tu marido.

Y sus brazos morenos ciñeron su cuerpo. La besó, un beso largo, terrible, un mordisco de fiera... Bella Donna languidecía. Pero una carcajada burlona de mujer, la hizo volver en sí.

—No te alarmes... Es una de mis danzarinas... — aclaró el príncipe.

Era en efecto una bailadora que acostumbrada a las seducciones de su señor, no podía reprimir su risa irónica.

—Yo estoy loca, ¿en qué pienso?

Y horrorizada, abandonó Bella Donna el barco, viéndose resbalar en el abismo. ¡Aquel hombre era tan fascinador!

—¡Ya volverá! — se dijo riendo el príncipe—. ¡Todas vuelven... todas!

Y al llegar a su casa, Bella Donna propuso a su marido:

—Nigel, esta noche cuando tú te marches, quiero irme contigo. Tengo miedo de quedarme aquí.

—Pero, mujer... El desierto es poco clemente.

—No me importa.

Unas horas después, iban hacia las inmensas arenas. Huir, huir — se decía Bella Donna. Pero llevaba en su alma el recuerdo perturbador del príncipe.

**

Durante los largos y solitarios días en el desierto, Bella Donna no pudo libertarse de la extraña atracción que la empujaba hacia Baroudi. Pensaba constantemente en él, pero temía las consecuencias de una ruptura con su marido. Nigel era el futuro heredero de la inmensa fortuna de lord Harwich y ello la obligaba a sacrificar su pasión. Mas, no sentía por el ingeniero otro lazo que el del interés.

Así, un día, en pleno desierto, una noticia que leyó en un periódico de Europa, la hizo enloquecer de rabia. Leyó, asombrada, que la esposa de lord Harwich había dado a luz dos hermosos mellizos. Esto derribaba todos sus planes, arrebatándole la herencia y el título nobiliario. Su vida le pareció insostenible junto al hombre que no podía ya ser el instrumento de su ambición.

Mostró el periódico a su marido, y éste, espíritu generoso que sólo fiaba en su trabajo, respondió:

—Pero si la noticia no puede ser más agradable.

¿Te entristece la pérdida de la herencia?

—¿No sabías que ya antes de nuestra boda esperaban un primogénito?

—No... pero nunca he ambicionado dinero...

Nigel vió en el semblante de Bella Donna tal fogueidad que creyó comprender algo doloroso para él.

—De modo que estás desesperada, ¿eh? Y mi cariño, ¿nada vale?

Ella pensó que había ido demasiado lejos, y respondió:

—Ya me figuraba yo que no me comprendías. Yo no quería la herencia para mí sino para ti.

—Siento mucho haberte juzgado mal. ¿No me perdonas?

Pero Bella Donna se apartó de él, sintiendo re-

pugnancia por su marido. Nigel atribuyó su disgusto a haberla ofendido con sus palabras. ¡Imprudente!

Poco después, uno de los árabes de la expedición, acercóse a Nigel y le dijo:

—Amo, el chacal que ha estado devorando el ganado ha vuelto a aparecer esta noche. ¿No quiere usted darle caza?

—Sí, sí...

Y aquella noche con una escolta de dos hombres salió para cazar a la fiera. Llevaban un corderillo que serviría de cebo para el chacal. Antes de marchar, Nigel rogó a Ibrahim que guardase a la señora, pues él no regresaría hasta el amanecer.

Ibrahim sonrió. Y después, cuando el ingeniero se hubo perdido en las tinieblas nocturnas, acercóse a Bella Donna y le dijo:

—El señor Armine ha ido a cazar chacales. Estará fuera toda la noche. Y Baroudi espera...

Ella se estremeció, pero atormentada por el deseo de ver al príncipe, fué tras Ibrahim.

Baroudi, deseoso de acercarse a Bella Donna, había acampado en una tienda en pleno desierto. Sintió la dulce voluptuosidad del amor al ver llegar a la mujer codiciada. Ella vestía traje de amazona y se presentó a él con los ojos implorantes de cariño.

—Bonito vestido de muchacho para visitar a un amigo — le dijo, estrechándola en sus brazos—. Sígueme, que quiero que te vistas el traje clásico de mi país.

—Baroudi — exclamó ella, vencida—. Necesito verte. ¡Estoy tan sola!

Las esclavas la cambiaron el traje y apareció ante el príncipe, vestida de oriental, llena de belleza.

—Y ahora, ahora, ¿te gusto?

—¡Oh, mi reina!...

Y ella, olvidando sus deberes de esposa, loca de pasión por aquel árabe sensual, se dejó caer en sus brazos, buscándole la boca con una mirada lánguida, enfermiza...

Se amaron...

Al llegar la aurora, Bella Donna abandonó la tienda del príncipe para volver corriendo al campamen-

to de su esposo. Por suerte no había llegado aun Nigel. A poco éste regresaba después de haber intentado inútilmente cazar el chacal, y besó a su esposa con la tranquilidad del hombre confiado. Ella,



Apareció... vestida de oriental...

pérfida, extremó su caricia, como si quisiera olvidar el disgusto del día anterior.

Durante varios días Nigel pasó las noches fuera de su tienda en busca de los chacales. Y esta ausencia la aprovechaba Bella Donna para visitar a Baroudi, olvidándolo todo bajo el ardor de sus besos.

Por fin fué cazado el chacal y habiendo acabado los estudios que Nigel realizaba en pleno desierto,

anunció a su mujer que al siguiente día regresarían a la villa.

Ella, desolada, por esa decisión de Nigel, corrió a la tienda de su amante. Iban a separarle de él. ¿Qué hacer? La vida sin Baroudi ya no era posible.



...se dejó caer en sus brazos...

—Ten calma — aconsejó el príncipe—. Le ofreceré el "Loulia" para hacer una excursión por el Nilo. ¡Quién sabe si no regresará nunca de ella!

Ella tembló. El príncipe abrió una cajita que contenía un polvo fino como arena.

—Es un polvo de gusto azucarado — dijo él—. Ibrahim se encargará de que el señor Armine tome

un poco... de azúcar... con su café, todos los días... Yo no quiero escándalos con los ingleses. Nada de divorcio. De esta manera, la cosa quedará en secreto. Y tú serás mía, sin obstáculos...

Bella Donna miró con horror la cajita y recordó la arena del fakir de aquella noche veneciana. Su destino sería trágico... ¡Ella, una criminal!

—¡Ten compasión de mí! ¡No me hagas pagar un precio tan horrible!

Pero sus escrúpulos se acallaron bajo la boca del príncipe.

Bella Donna y Nigel regresaron a su villa. Baroudi había entregado a Ibrahim la cajita que iba a envenenar lentamente al ingeniero.

Y unos días después, el príncipe ofreció cortésmente su yate a Nigel y éste, deseando complacer a su esposa, aceptó el ofrecimiento.

Baroudi tenía que ausentarse unos días de Egipto. Creía a su regreso, encontrar libre a Bella Donna.

La primera tarde fué terrible para la pecadora. En la cubierta del buque, mientras ella arreglaba la merienda, Nigel, levantándose le dijo:

—Voy a echar un vistazo a nuestras cosas. Cuando la merienda esté lista, llámame.

La mujer quedó sola con Ibrahim que apareció entregándole la cajita de veneno. La mirada del árabe se clavaba en la suya, como un estilete mortal. A echar los polvos en el café... era orden del príncipe...

Ibrahim retiróse lentamente. Ella tembló teniendo entre sus manos el veneno. ¡Matar a su marido! Un último jirón de dignidad se movía en su pecho. ¡No, no! Y cogiendo la caja la tiró al río. Pero cayó en una barquita amarrada al costado del "Loulia". E Ibrahim que vigilaba atento, la recogió y volvió con ella.

—Cumpla la orden... eche los polvos... lo manda él... él... no lo olvide...

Bella Donna, horrorizada, sin voluntad, cogió la

cajita, e hizo lo que le mandaban. Y de nuevo pensó en el fakir...

Poco después, Nigel sorbía tranquilamente la bebida. Bella Donna cerró los ojos. ¡Le estaba dando la muerte!...

**

Pasó algún tiempo. Bella Donna continuaba su obra criminal. Los efectos del veneno iban minando lentamente la existencia de Nigel que languidecía, sin que un médico, un galeno incompetente, llamado por la esposa para cubrir la coartada, adivinara el verdadero origen del mal.

Allá en Londres, el doctor Isaacson recibía una carta de Nigel participándole que estaba enfermo, víctima, al parecer, de la insolación. Y luego añadía que su esposa lo atendía como un ángel. ¡Y que era feliz!

Patricia, que no había podido olvidarle, propuso al doctor ir a pasar una temporada en Egipto. De este modo podrían verle personalmente... Y el médico aceptó.

Y no pasaron muchos días antes que el vapor correo de El Cairo, en el cual viajaban el doctor Isaacson y Patricia, anclase junto al "Loulia". Los dos habían leído en la prensa egipcia que el ingeniero seguía muy enfermo. Y deseaban estar junto a él para cuidarlo y atenderlo.

La existencia de Nigel era desoladora. Tumbado en un diván pasaba días y días cada vez más débil y pálido. Y atormentada por su compasión hacia la víctima y por la tentación que le arrastraba hacia Baroudi, cada minuto le parecía a Bella Donna una eternidad.

Pero disimulaba, extremando sus caricias por Nigel y pensando en que tan pronto éste muriese ella sería en cuerpo y alma para siempre de Baroudi.

Un día, Nigel exclamó en un momento de desesperación:

—Yo quisiera que el doctor Isaacson estuviese aquí. Estoy seguro de que él me curaría...

Bella Donna hizo un gesto de desprecio. Nigel le rogó tocara en el piano la canción del "Adiós" de Tosti, que le recordaba los días felices de Londres. Ella accedió pero la música se vió interrumpida por la presencia de Ibrahim que la avisaba la llegada de una visita.

Bella Donna se asomó a una ventana y descubrió al doctor Isaacson y a Patricia. Volvió a cerrar con horror.

—¿Quién está ahí? — preguntó Nigel, sin levantarse del diván...

—Unos turistas estúpidos. Voy a despacharles en un momento.

Salió. Cordialmente estrechó la mano del médico y con marcada frialdad la de Patricia. ¿A qué venían allí aquellas gentes?

—No queríamos marcharnos de Egipto sin hacerles una visita a usted y a Nigel — dijo el doctor.

Ella palideció, temió que su crimen pudiera ser descubierto y respondió decidida:

—Lo siento mucho, pero Nigel está tan enfermo que no puede ver a nadie por unos días.

La frialdad con que hablara, lo insólito de su actitud, hicieron poner en guardia al médico. Nunca le había inspirado confianza esa mujer y ahora menos que nunca.

—Tengo interés en enterarme de si se le atiende como es debido.

—Claro que sí. Tenemos un doctor, pero, como es natural, si Nigel desea una consulta, tendré mucho gusto en llamarle a usted.

Iba a dar la entrevista por terminada cuando apareció el médico que cuidaba del ingeniero, y Bella Donna le dijo en voz baja:

—Ese es un amigo impertinente de Nigel, un doctor que insiste en que se celebre consulta de médicos.

—No estoy dispuesto a tolerar que se inmiscuya usted en mi caso — dijo el galeno a Isaacson.

—Pues yo necesito verle...

La disputa llegó a oídos de Nigel quien pensosamente se levantó y apareció en la puerta.

—¡Oh, amigos... amigos!... — murmuró.

Y embargado por la emoción de ver a los queridos compañeros de Londres, cayó desvanecido.

Bella Donna en un rincón mostraba una indeferencia agresiva. Pero tenía miedo. Y el doctor Isaacson, después de examinar brevemente a Nigel, exclamó dirigiéndose al otro médico:

—Mi querido doctor. ¿No ha notado usted que el enfermo sufre señales inequívocas de envenenamiento?

—Mentira, mentira...

Bella Donna se estremeció...

Pero Isaacson comprendió que su pobre amigo era víctima de una maquinación infame y exigió del médico de cabecera la inmediata celebración de una consulta, y fué tan enérgica y amenazadora su actitud, que el otro doctor se resignó a dejar totalmente en sus manos la curación del enfermo. Y se despidió, temeroso de que le exigieran aún alguna responsabilidad.

Transportado Nigel a un diván, el doctor, mientras Patricia cuidaba al pobre desdichado, dijo a Bella Donna:

—Ahora voy yo a encargarme del enfermo. Regresaremos a la villa inmediatamente.

—¿Y si yo me niego? — respondió ella, airada.

—Si usted se niega llamaré a la policía...

Bella Donna bajó la cabeza. ¡Hubiera querido dar muerte a su marido y a los dos ingleses! Pensaba en Baroudi. ¿Qué diría cuando él regresase?

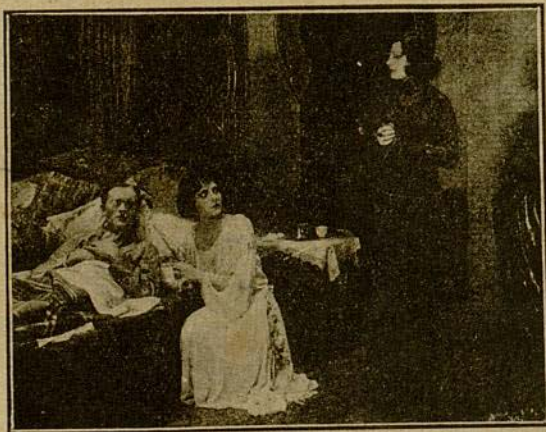
En la villa, gracias a los asiduos cuidados del doctor Isaacson, Nigel retornaba lentamente a la salud. Patricia era su enfermera, su ángel bueno. Y Bella Donna, aunque le sonreía con su sonrisa pérfida, se consumía de odio por dentro, al admirar las atenciones de la inglesa.

Ibrahim le avisó que Baroudi había regresado aquella tarde y que estaba en el desierto. Bella Donna se propuso verle en el acto.

El doctor Isaacson, convencido por la actitud de Bella Donna de que ella era la causa del envenenamiento de Nigel, habló a éste, con severidad, después de rogar a Patricia, les dejara un momento solos.

—Nigel — le dijo—, si quieres ponerte bueno, tienes que regresar en seguida a Inglaterra... sin tu esposa...

En aquel instante cruzó la estancia Bella Donna



Patricia era su enfermera, su ángel bueno.

quien se detuvo sin ser vista sorprendida al oír las primeras palabras del médico.

—Nigel — continuó el inglés—, siento mucho tener que decírtelo, pero la cosa es grave y no puede callarse. Te envenenaron, y si no llego a tiempo, ahora estarías muerto.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con mi mujer?

—Ella no podrá negarlo. Preguntásele tú mismo. Nigel quiso llamarla y la vió en la propia habita-

ción. Bella Donna sonreía trágicamente, descubierto su crimen, pero dispuesta a confesarlo.

—¡Oh, Ruby! — dijo él con dolor—. Dime que no es verdad...

—¡Necio y ciego! — respondió la mujer con desprecio — Pero, ¿no comprendes que te aborrezco? ¿No ves que tu amor empalagoso, tu vida honrada y tus amigos me fastidian? Si me condenasen a vivir contigo, me volvería loca...

Nigel la miró horrorizado. No dió crédito a sus palabras. Indudablemente, estaba loco...

—Ruby ¿que dices? No, yo he entendido mal... mujercita... mujercita...

Isaacson contemplaba a esa malvada mujer. ¡La infame!

Pero ella, rechazando los brazos de su marido que suplicaban, gritó con refinada feminidad:

—¡Estoy cansada de fingir un amor que no tengo! ¡Es a Baroudi a quien amo! Sí, a Baroudi... ¡Soy suya y quiero ser libre para irme con él eternamente!

Y salió de allí, embravecida, como la encarnación de la maldad y del pecado.

Nigel se desplomó en el diván. Lloraba. Sentía como si un chacal le devorase el corazón.

El médico y Patricia acudieron a él para consolarle. El desdichado gemía, con un dolor sin esperanza.

Bella Donna corrió al desierto, a la tienda de campaña donde se encontraba el príncipe y no solo. Se hallaba ahora con otra mujer, una morena deliciosa a la que regalándole un collar, le repetía su eterna cantinela:

—¡Quién sabe! ¡Este collar puede ser una cadena que te ate a mí eternamente!

Olvidaba ya a Bella Donna, eterno catador de mujeres para saborear el nuevo vino desconocido. Se levantó airado al escuchar los gritos de su antigua amante. Fué a su encuentro y severamente le preguntó a qué obedecía su visita. Enterado de la llegada del médico inglés y temiendo complicaciones,

había jurado no acercarse más a Bella Donna. Y ahora, teniéndola ante él, la miraba con aire brutal.

—¡Se lo he contado todo! Y aquí me tienes... ¡Tuya para siempre! — confesó ella, desconsolada.

Pretendía abrazarle, besarle, pero él la rechazó:

—¿Acaso has olvidado que no puedo consentir que la gente diga que yo le he robado su esposa a un inglés? ¿Qué has hecho, desgraciada?



—¡No me desprecies! ¡Piensa que estoy sola en el mundo!

—¡Yo lo he abandonado todo por ti, porque te amo!...

—Has fracasado miserablemente y yo no quiero tratos con fracasados... Regresa con tu Armine, si quieres.

Ella se colgó de su cuello pretendiendo comunicar el ardor que inflamaba sus venas.

—¡No me desprecies! — gemía—. ¡Piensa que estoy sola en el mundo! ¡Tú lo eres todo, no me dejes!

—Aparta... perra... estúpida... ¡eh! mis criados... ¡quitadme a esa mujer de delante!

Y los árabes que pocos días antes atendían tan generosamente a Bella Donna, la obligaron a montar a caballo y a desaparecer en la inmensidad del desierto. Y el príncipe, libre de la inoportuna, volvió al lado de su nueva enamorada...

Bella Donna, con todas las puertas cerradas, se encontró abandonada y sola en pleno desierto, cubierta por la trágica fuerza del vendaval... Iba a morir... Pagaría su culpa con la vida... Caminó horas y horas... y dejóse caer rendida junto al esqueleto de un caballo. Todo le hablaba de muerte... Y a lo lejos perfilóse la silueta trágica de una pantera que avizoraba su rastro. Cerró los ojos... creyó ver al fakir anunciándole su destino.

Luego un salto, una fiera cuyas garras rompen su cuerpo de amor. ¡Y la muerte y el silencio!

**

Así acabó la mujer fatal, consumida por un fuego de pecado. Y Nigel al regresar a Inglaterra, pudo encontrar aun en las ternuras de su antigua novia Patricia, la emoción del verdadero amor que hace olvidar los errores viejos.

FIN

Próximo número EXTRAORDINARIO

SÁBADO, DÍA 28 DE MAYO

NO ENGAÑE A SU MUJER

por Leatrice Joy, Lewis Stone, Nita Naldi,
Paulina Garon, etc.

Postal-obsequio: COLLEEN MOORE

Compre usted el mismo sábado, día 28 del
corriente, este precioso NÚMERO EXTRAORDINARIO

Lea usted mañana:

el libro 83 de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal Cinematográfica

SE NECESITA UN LADRON

por el gran cómico NICOLÁS RIMSKY

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!